

EL MUSEO UNIVERSAL.



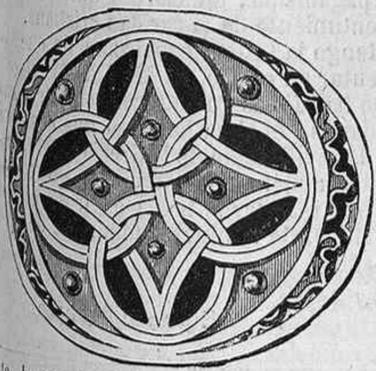
NUM. 32. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE AGOSTO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



cosa no está, seguramente, la diplomacia, pese al calor que hoy postura las fuerzas de todos los seres creados: al contrario, trabaja con una actividad asombrosa y digna de mejor suerte.

diodía de aquella península, se prepara un movimiento republicano. Llámese en hora buena partido de accion al que defiende estas ideas, pero ¿cómo ha de llamarse al que sostiene las contrarias, y que lejos de tenderse á la bartola se agita sin tregua, ya en la superficie del pais, ya subterráneamente de un extremo á otro?

En el discurso de clausura del Parlamento inglés, la reina ha manifestado las buenas relaciones en que la Gran Bretaña se halla con todas las potencias extranjeras, diciendo: «No tengo motivo alguno para temer que Europa esté espuesta á las calamidades de la guerra. Mi política continuará dirigiéndose á asegurar el mantenimiento y los beneficios de la paz.»

Antes de esta sesion, la Cámara de los Comunes consagró una á la apoteosis de las ilustraciones literarias y científicas de Inglaterra. Tratóse en ella de la ereccion de un monumento á la memoria de lord Brougham, considerado como filósofo y amigo de la humanidad, é igualmente á la memoria de Faraday. Disraeli prometió el concurso del gobierno, y Gladstone dió á éste las gracias, aplaudiendo la idea wigs y torys. ¡Admirable pais aquel en que, cualesquiera que sean las diferencias que separan á los partidos, todos se unen cuando se trata de honrar á los grandes hombres!

La fiesta del tiro federal se ha verificado en Viena con un entusiasmo y animacion indescriptibles. El número de tiradores ascendió á 15,000, y á unos 100,000 los extranjeros atraídos á aquella, viéndose unos y otros, según leemos, animados de un mismo pensamiento; la grandeza, la libertad, la union y la unidad de toda Alemania. «Los tirolese—dice un periódico,—los de Francfort, los wurtembergueses, los suizos y los americanos fueron acogidos con entusiasmo; los prusianos de una manera cortés, y los demás cordialmente. El desfile duró cinco horas, y las banderas de todas las naciones alemanas mezclaban fraternalmente sus colores, dominando el pensamiento de la gran patria alemana.»

En la misma capital ha habido una reunion popular en que se pronunciaron discursos deplorando que se escluyese de la Alemania al Austria, y protestando contra la solucion de la cuestion alemana por medio de las anexiones. La asamblea aprobó varios acuerdos para resolverla sobre la base de la idea democrática.

Salnave, á quien las correspondencias extranjeras ó sus enemigos, traen de Herodes á Pilatos, presentándolo ora bloqueado y á punto de ser cogido, y lo que se sigue, ora victorioso y contento, parece que ha tomado el título de emperador de Haiti.

En Utath (Estados- Unidos) se ha establecido una escuela de telegrafia para las mujeres. Saldrán de ella, á no dudarlo, discípulas aprovechadas; al menos en telegrafia erótica pueden dar al hombre mas pintado quince y falta. De todas maneras, merece elogios el establecimiento de la escuela, pues que proporcionará á multitud de personas un medio decoroso de vivir, ya que las antiguas ocupaciones femeninas están hoy desempeñadas por la maquinaria.

En solos tres dias ha habido en Nueva-York trescientos casos de insolacion. Esto prueba que Febo se porta en el Nuevo-Mundo, como se está portando en el viejo.

Proyéctase una conferencia internacional en San Petersburgo, para deliberar sobre el medio de restringir el uso de las balas llamadas explosibles. Lo mejor seria prohibirlas, como tambien los demás instrumentos de guerra perfeccionados y por perfeccionar; pero como esto seria querer un imposible, nos contentaremos con que siquiera las balas en cuestion queden relegadas al olvido; del mal, el menos.

Ya es un hecho consumado (lenguaje cancilleresco) el casamiento de Adelina Patti con el marqués de Caux. La ceremonia se verificó en Lóndres, siendo padrinos de boda el embajador de Francia en Inglaterra, el duque de Manchester, el secretario de embajada señor Mur, y el director de orquesta Miguel Costa. Asistieron al acto varios célebres artistas, y al salir de la iglesia los cónyuges, fueron aplaudidos por la multitud.

En Fontainebleau están obteniendo, según presume un corresponsal, notables triunfos nuestro arroz con pajaritos y el gazpacho. La emperatriz Eugenia da todas las tardes una merienda en aquellos jardines á varias personas de su confianza, reemplazándose el grave ceremonial de la corte por la franqueza castellana. El césped sirve de mesa, y en torno del mantel se sientan los convidados, los cuales, dice un periódico, hacen lo posible por dar á la merienda cierto colorido de escena española.

Dícese que el señor Agustin Borghi, de Bolonia, ha descubierto una sustancia con la cual pueden sustraer-

buscando un medio de arreglar este órgano de Mostoles llamado Europa, cada una de cuyas voces tra por su lado produciendo la imagen de la anarquía armónica mas completa. Emperadores, reyes, príncipes y personajes políticos, se visitan ú ofrecen visitarse, ya en sus palacios, ya en establecimientos de baños donde, entre sorbo y sorbo de agua, mas ó menos sabrosa y salutifera, se han tratado otras veces cuestiones bastante peliagudas.

Dicen algunos que la del Congreso europeo está suspendida por otra de primacia, primacia que el gobierno inglés reivindica, fundándose en que Inglaterra fue la mediadora en el conflicto del Luxemburgo; Francia, á su vez, espone que hace años convocó un congreso, y que, por tanto, el honor de esta idea internacional es suya: no sabemos lo que dirán á esto las demás potencias con quienes aquellas altísimas sesiones se dignen contar; pero no seria muy aventurado decir, que por unas ó por otras, ó por todas, la casa que arriba hablamos, seguirá tocando tan afinadamente como hasta ahora.

Italia está enferma: dice el *Internacional*, que el partido de accion continuará haciendo alistamientos, y que tanto en el Norte como en el centro y en el Me-

se á la accion del fuego todos los cuerpos combustibles. Si la noticia se confirma, concluyó el poder de las balas explosivas y el de los ojos de ciertas mujeres.

En un gran certámen de música recientemente celebrado en París, en que tomaron parte mas de treinta violinistas de todos los paises, obtuvo uno de los seis premios que habian de distribuirse, el jóven español don Fernando Palatin.

Las corridas de toros progresan, ofreciendo cada vez nuevos alicientes con que atraer al público y difundir las luces. Decimos esto, porque la última que hubo en el Havre ofreció la particularidad de que tres ó cuatro vichos los corrieron de noche é iluminada la plaza por luz eléctrica.

Proyéctase en algunas naciones de Europa la creacion de buques hospitalarios, para recoger y salvar los heridos en los combates navales.

La Academia francesa ha concedido el premio Montyon de 2,000 francos á Mr. Mezieres, por el libro que ha escrito sobre Petrarca.

El distinguido poeta catalan don Luis Roca y Florejach, ha sido nombrado cronista de la ciudad de Lérida.

La obra musical, con que, segun nuestras noticias, ha de inaugurarse la esposicion aragonesa, es del profesor señor Agostini, que ya la ha terminado.

Por acuerdo de la diputacion de Vizcaya, se procederá á la restauracion de los monumentos y recuerdos histórico-forales de Luyando, Arrigorriaga, Archavalega, Santa Eufemia de Bermeo, San Emeterio y San Celedonio de Larrabezua, Avellaneda (Encarnaciones), Guerediaga (Duranguesado) y Larrazabal (Orozco). Asimismo ha instituido aquella corporacion premios para los descubridores de antigüedades.

La compañía italiana está ensayando en Barcelona el *Sancho Garcia*, de Zorrilla, traducido en verso endecasílabo por el célebre Rossi á su hermoso idioma.

La señorita Azella ha recibido en el Circo de Price merecidas ovaciones por su intrepidez, su serenidad y sus extraordinarias facultades gimnásticas. El ejercicio de los tres trapecios le valió grandes aplausos, demostrando que era digna competidora de Leotard, tan notable en los mismos.

La autoridad sigue imponiendo multas á muchos tahoneros de esta córte por espendir pan falto de peso. Son tantos los que han sido objeto de esta medida, que ciertamente no sabe ya el pobre comprador á quién dirigirse. El escarmiento, sin embargo, no parece bastante eficaz, puesto que hay quien reincide.

Hace algunas noches se observó en Madrid un fenómeno atmosférico, una de esas exhalaciones conocidas con el nombre de globos de fuego, que se dirigió de O. á E., tomando la apariencia de un cohete que corre horizontalmente, dejando una ancha huella luminosa. El fenómeno debió verificarse á corta distancia de la tierra, porque el resplandor fue tan notado como el de un vivo relámpago.

El señor don Camilo Alabern ha inventado un papel para evitar falsificaciones, por medio del espejismo. Personas que han examinado las pruebas y oido las esplicaciones del autor, creen que indudablemente se hará una revolucion en el modo de preparar y emplear todos los papeles de valor, imposibilitándose de todo punto la falsificacion, pues la ingeniosa combinacion de colores y figuras, no sugetas á la voluntad del hombre é irreproducibles, por lo tanto, hará irrealizable el intento de imitar lo que no puede imitarse. Además, cada ejemplar lleva una parte que sirve de talon confrontable por medio de la misma variedad de figuras y colores. No es fácil formar idea del procedimiento sin verlo. El autor trata de presentar modelos en todas las embajadas, para que conste que se debe á España el invento, y piensa pedir privilegio de invencion á todos los gobiernos extranjeros.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA MUJER Y LA FAMILIA ANTE EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

En todos los tiempos y en todos los paises en que se han apreciado los beneficios que trae consigo el progreso de la civilizacion, se ha tratado de dar la mayor importancia al destino de la mujer, que ofrece un campo inmenso al estudio y á las investigaciones de los legisladores y de los filósofos moralistas.

Siendo la mujer la piedra angular del edificio social, como la llama un escritor contemporáneo, claro es que en su corazon debe echarse la semilla de los bellos principios de esa filosofía sencilla y práctica de la vida humana: siendo ella «la que forma las costumbres» y dirigiéndose á las costumbres las leyes, deben tener muy presente los reformadores de códigos la necesidad de elevar á su verdadero destino á

la que puede ser, modesta siempre, pero laboriosa, segura é interesante obrera de la civilizacion. La esencia legítima de ésta, el perfeccionamiento moral de la sociedad ha de nacer de la familia, salvaguardia de la vida humana, como la llama Comberousse, que lo mismo que Egger, Franck, Worms y otros, ha comprendido la importancia y la eterna oportunidad de estas cuestiones prácticas, tratándolas, con la pasion y la sencillez que ellas exigen, en las *Conferencias populares* pronunciadas en el Asilo imperial de Vienne.

Algunos de esos escritores y profesores ilustrados han procedido lógicamente, remontándose con su palabra á los tiempos de la antigüedad en que la mujer y la familia ejercieron su influencia irresistible en el engrandecimiento y decadencia de imperios y repúblicas, proporcionando severas lecciones que los pueblos modernos no deben dar al olvido. Despues de decir Comberousse que «el cristianismo ha rescatado ante todo á la mujer y al esclavo, esto es, la familia y el trabajo,» fuentes de vida de toda sociedad, lleva á su auditorio á examinar de pasada las antiguas legislaciones, presentándole el cuadro de aquellos pueblos de la Grecia en que la mujer no era mas que la pupila del hombre, hilandera oscurecida en el último rincón del hogar, á la que se prohibia el uso del vino y de todo alimento sustancioso y á la que se casaba siempre sin aguardar su consentimiento, sometiéndola luego á la tutela de los hijos lo mismo que á la del marido. «Despues de todo esto, no podemos admirarnos—esclama el citado profesor—de ver degenerar esos hábitos de servil obediencia ya en debilidad imbecil, ya en sorda rebelion y en disimulada y terrible perfidia.»

Muestra luego á Roma, cuando comenzaba á estender sus brazos para cubrir el mundo; con sus costumbres llenas de rudeza, pero puras; en aquel tiempo en que los hombres del gran pueblo cedían respetuosamente el paso en la via pública á las mujeres casadas, sobre todo, en cinta, siendo castigado con la pena de muerte el que las ofendía con hechos ó con palabras. Pero pierden luego su vigor natural las costumbres; olvidase que la mujer puede destruir aquella grandeza que habia creado; descienden los señores del universo de corrupcion en corrupcion, estableciendo con facilidad deplorable el divorcio, atentos con torpe egoismo á los materiales intereses, olvidando vergonzosamente el interés moral y arrebatando á la mujer la consideracion de persona. «Se huye y se abandona la familia—dice el orador del Asilo imperial.—Pero se ve decrecer la poblacion, y entonces es cuando entra el espanto y se hacen esfuerzos para estimular al matrimonio por todos los medios posibles. Se recompensa á los que tienen muchos hijos. De dos candidatos á cargos públicos, es preferido el que tiene mas familia. Con este mismo objeto, publica Augusto todo un código y castiga el celibato. Llegase hasta el punto de especular con la coqueteria y la vanidad femenil, y á la mujer que no tiene hijos, se la prohíbe lucir joyas y pasear en litera... ¡Inútiles esfuerzos! Habíase roto en el corazon de la mujer todo resorte generoso, privándola de su libertad y de su personalidad y convirtiéndola en cosa. Vengaba ella á su vez los ultrajes de un modo terrible; matando la familia, la ciudad y el Estado.»

No hay que estrañar la poderosa influencia que la mujer ejercia ya en los destinos de los antiguos pueblos, hasta el punto de levantarse estos y caer con ella de un modo irresistible. La mujer ha sido, es y será el alma de la familia, y la familia la base de toda sociedad y de toda civilizacion. Reconocido estaba ya este principio ineludible por la conciencia de los filósofos, de los sabios y de los poetas de la antigüedad. Así los vemos en sus obras dedicando todo su ingenio y todo su espíritu de observacion al estudio de las costumbres; procurando su mejoramiento progresivo; colocando é ilustrando á la mujer en el trono de su reducido y oculto, pero magnífico reino, fecundo en males ó beneficios para la humanidad; reanimando los gérmenes del amor y el trabajo, fuentes de la vida de la familia; enseñando, en una palabra, los principios eternos de esa filosofía pura y práctica, hasta en sus estudios de la agricultura, de la economía y de las ciencias naturales. Hesiodo en *Las obras y los tiempos*, Jenofonte en su *Económica*, en su *República de Atenas* y en las *Memorias de Sócrates*, su admirable maestro, Aristóteles en su *Moral* y en su *Economía doméstica*, Platon en su *Banquete*, Columela en su *Tratado de agricultura*, Plinio en su *Historia natural*, Menandro en *La Mujer supersticiosa*, Theophrasto en los *Caracteres*, Plutarco en su *Progreso en la virtud* y en sus eternos *Preceptos conyugales*, son testimonios elocuentes de mi aserto y manifiestan la preocupacion constante de los grandes ingenios por los intereses morales de la sociedad, cuyo tesoro deben guardar, en nombre de la familia, el corazon y la inteligencia de la mujer.

Antes de terminar la introduccion de mi humilde trabajo, no puedo resistir al deseo de ofrecer una ligera idea de los caracteres de la enseñanza sencilla, pero trascendental, del mas grande filósofo moralista de la Grecia, cuya doctrina quedó tan vivamente im-

presa en el alma de sus discípulos, que Jenofonte pudo transmitir sin esfuerzo alguno con la pluma lo todo con su misma claridad, sólo con la palabra, y encantadora.

Grande complacencia y especial deleite hallaba Sócrates enseñando por medio de diálogos animados, en que lucia la flexibilidad de su ingenio, que lo mismo se prestaba al punzante y agudo epigrama, que al tono dulce del consejo amistoso, que á la gravedad del discurso, sencillo siempre, pero verdaderamente científico. Él, que, en esa forma teatral y agradable aleccionaba con graciosa y finísima sátira al presuntuoso jóven que, sin elementos de estudio y de auto-educación, pretendia la direccion y mando de un ejército ó el gobierno de la república, presentaba en ejemplos admirables, llenos de viveza y colorido, el puro ideal del matrimonio, del destino de la mujer y de la vida de familia. Con placer trasladaria yo íntegro su bello é interesante diálogo con el popular *hombre de bien* que, apenas casado, presentó á su mujer, honrada y jóven, aquella especie de programa sencillo, pero sublime, de la vida conyugal, que tan provechosas aplicaciones ofrece á los matrimonios de nuestros tiempos, aun mediando en nuestro favor los grandes beneficios aportados por civilizaciones mas puras y animadas por el aliento regenerador y vivificante del cristianismo.

Aquel hombre que nos pinta en su diálogo el filósofo, en vez de entregarse, sin preocupacion del porvenir, á los goces irresistibles de la sinfonía conyugal, que nosotros llamamos *luna de miel*, con fruicion casi pagana, se dedica á tratar desde luego con su compañera de todo lo que el matrimonio tiene de mas duradero y santo.

Deslinda los derechos y deberes de cada uno, despues de dejar establecida y sancionada la comunidad de bienes; suscita el estímulo á la economía y al buen orden del hogar; y en cuanto á los hijos... «Si Dios nos los concede algun día,—dice, pensando, ya en aquellos tiempos, en un *Dios único* que consagra y santifica los matrimonios—«si Dios nos los concede, nos ocuparemos de cuanto convenga para criarlos y educarlos del mejor modo posible, porque tambien será para ambos la dicha de tener buenos hijos, que lleguen á velar por nosotros y á ser el apoyo de nuestra ancianidad.»

¿Qué mas pudiera pensar y decir el jefe de una familia cristiana de nuestros días? Pero sí; aun piensa y dice mas aquel hombre superior, aquel ideal de moralista ateniense. Aun le faltaba la proclamacion de la soberana; la coronacion de la reina del hogar, donde han de recibir sus leyes los criados, ó mas bien, los súbditos con el odioso título de esclavos. Y el cetro que ofrece á su compañera afortunada es el cetro de la reina de las abejas, con el ejemplo vivo de ese insecto maravilloso, espejo de buen gobierno, de orden, de economía, de justicia, hasta de amor. Porque aquel hombre no sólo enseña á su esposa á distribuir el trabajo y á vigilar á los obreros, sino tambien á tratarlos con dulzura, á atender á sus quejas, á socorrerlos, á curarlos en sus enfermedades; y hé allí, en pleno paganismo, un claro y dulce resplandor, vivo presentimiento de la caridad cristiana.

¡Ah! sí, yo tengo la íntima conviccion de que Sócrates, al presentar su espejo, su ideal de la mujer y de la familia, no hacia mas que ofrecer con patriotismo á sus conciudadanos, el alma hermosa que deseaba á la sociedad y á la civilizacion de la Grecia entera. Propóniase, sin duda, atajar así la corrupcion que todo lo invadía, y en que mas tarde habia de ir envuelto el decreto del martirio, de la muerte admirable de aquel genio privilegiado.

(Se continuará.)

EDUARDO BUSTILLO.

EPISODIOS HISTÓRICOS.

LA CRUZ DEL REY DON SANCHO.

TRADICION HISTÓRICA.

I.

El ambicioso monarca don Sancho II de Castilla, hijo mayor de don Fernando I, prestando derechos de primogenitura, habia despojado á sus hermanos don Garcia y don Alfonso de los reinos de Galicia y de Leon, que les correspondian por disposicion de su ilustre padre, y pretendia apoderarse á la sazón de la ciudad de Zamora, en donde la desventurada doña Urraca, hermana tambien de don Sancho, lloraba los desmanes de este ingrato usurpador, cuyas numerosas y lucidas huestes acampaban ya bajo los muros de la leal ciudad.

Inútiles, aunque desesperadas tentativas de asalto, sostenidas con indómita pujanza por los sitiados, habian convencido al ejército sitiador de la imposibilidad de tomar la plaza por la fuerza de las armas.

El soberbio carácter de don Sancho, se irritaba

cada vez mas, á medida que el tiempo le demostraba un día tras otro, lo inútil de sus afanes, para plantar su estandarte victorioso sobre los altivos torreones de la ciudad sitiada.

II.

Es una noche del mes de octubre del año del Señor de 1072.

La luna brilla serena y melancólica en el cenit, como una lámpara de plata, suspendida en medio de un pabellon de terciopelo azul.

El campamento del rey don Sancho reposa en silencio, y sólo se escuchan de vez en cuando el grito de alerta del vigilante centinela, y el ligero y tenue gemido de las auras de la noche, al agitar la recia loma de las tiendas.

Colocado en una pequeña eminencia que domina el terreno, se halla un magnífico pabellon de campaña, en cuya cima ondea orgulloso el pabellon real de Castilla.

Sentado en un sillón de roble tallado, y apoyadas ambas manos en una mesa cubierta con un paño de terciopelo rojo con el escudo real bordado de oro, se encuentra un hombre jóven todavía, de alta estatura y mirada penetrante.

Es el rey don Sancho II.

Rodeándole la mayor parte de los capitanes de su ejército, entre los que se ven en lugar preferente, y al lado del monarca, el ínclito Rodrigo Diaz de Vivar, apellidado *El Cid*, y el bravo Diego Ordoñez de Lara. Se trata de la heroica resistencia de la plaza sitiada.

Cada uno de los caudillos ha espuesto su opinion acerca de las insuperables dificultades que se oponen á la toma de la plaza, y casi todos están conformes en aconsejar al rey que dé las órdenes para levantar el sitio.

—Ah, mis valientes! esclama entonces don Sancho; la posesion de Zamora, no representa para mí tan sólo el complemento de mis ambiciones, sino también mi honra de conquistador amenguada con tan prolongada resistencia. No es ya un nuevo floron que quiero añadir á mi coroua real, sino una prueba de mi poder, que anhelo presentar al mundo entero que ha presenciado el riguroso cerco con la insultante risa de la duda.

—Señor, contesta el Cid, cuando el magnánimo rey vuestro padre os legó el trono, yo, que abrí mis ojos á la luz en Castilla, tierra de la lealtad, juré sobre el lecho de muerte del difunto monarca aconsejaros como leal, y pelear por vos como bueno. Cumplí mi primer cometido, pretendiendo disuadirlos de que os alzaseis contra vuestros hermanos don García y don Alfonso, reyes ambos, por la voluntad postrera de vuestro padre. Mis consejos fueron desoidos. Yo, sin embargo, tenia que cumplir mis juramentos, y por eso peleé por vos en Santarén y Gulpejera. (1) Ni allí ni en otra parte el escudo de Vivar se ha empañado todavía con la mancha de una derrota. Cuando mis gentes de guerra no han asaltado ya los muros de Zamora, es que la Justicia Divina se opone á ello. Nuestra causa es injusta, Señor. El testamento de don Fernando lo patentiza. El alma de vuestro padre contempla desde el cielo á vuestro hermano don García cargado de cadenas y en lóbrega prision por orden vuestra; á don Alfonso, vuestro hermano, también huyendo de vuestros rigores y amparándose de moros; y á vos ocupando el trono respectivo de vuestros dos hermanos. Por eso, señor, hoy por última vez, os aconsejo, ó mas bien os ruego, que levanteis el sitio; que no desafiéis por mas tiempo la cólera de Dios.

—A vos, y sólo á vos, Cid Rodrigo, contestó el rey, en gracia á esa lealtad de que blasonais con justicia, os puede tolerar don Sancho II las palabras que proferís. Yo juro á Dios, exclamó en un arranque de sálica soberbia, que, ó entro en Zamora, ó sucumbo bajo sus muros.

Con la noble entereza propia del hidalgo y caballero Cid Rui Diaz, se disponia éste á contestar, cuando la voz de un clarín, lenta y sonora, anunció que alguna novedad ocurría en el campamento. Todos se pusieron en pie con inquieta curiosidad.

Pocos instantes despues, un paje de armas entró á decir que un soldado de la guarnicion de Zamora pretendia hablar con Su Señoría el rey.

Pasados cinco minutos, entraba en la tienda real un hombre de atléticas formas y atezado rostro. Cubria su cabeza un casquete de hierro empavonado. Rodeaba su ancha espalda una recia cota de malla sujeta por un cinturón de piel de toro, del que pendia una formidable espada de dos manos, temible compañera de una larga saeta llena de acerados venablos. El resto del traje indicaba que el que lo vestía era uno de esos aventureros que en aquella turbulenta época de guerras civiles se alistaban bajo las banderas del que mejor les pagaba.

(1) En Santarén fue donde se dió la batalla que costó el trono y la libertad á don García, rey de Galicia y Portugal. En Gulpejera, á orillas del río Carrion, perdió también su corona el infante don Alfonso, que se vió precisado á refugiarse en Toledo, corte del rey Almonon.

III.

—¿Me traéis tal vez pergaminos de mi hermana doña Urraca? preguntó don Sancho, abrigando la ilusoria esperanza de que le propusiesen convenios.

—La señora de Zamora, contestó el recien llegado interpretando el pensamiento del rey, cuenta con suficientes víveres y bastimentos, y confia lo bastante en la bravura de sus gentes para resistir todavía un año de cerco, pero yo puedo... El desconocido se contuvo mirando recelosamente á los que rodeaban al rey.

—Sólo Vuesenoría puede oír de mi boca el secreto importante que á revelar le vengo.

El monarca despidió á sus nobles con ademán benévolo. Estos salieron inmediatamente, y Rodrigo de Vivar murmuró dirigiéndose á Diego Ordoñez de Lara:

—Por San Pedro de Cardena, que me place poco la ruin apostura del soldado zamorano, y en Dios y en Santa María, que le creo un Judas traidor á su reina y Señora.

IV.

—Hablad, exclamó don Sancho, con ferviente impaciencia.

—Yo puedo haceros dueño de Zamora, antes que el sol se esconda mañana en Occidente.

—¡Cómo! ¡Vos podeis!... ¡Oh! hablad, y si es cierto lo que me decís, si realizais mi anhelo constante, mi sueño de oro, yo, en recompensa, pondré en vuestras manos cuantos tesoros se haya atrevido á soñar vuestra imaginacion.

—Mi ambicion se limita á menos, señor; soy un soldado oscuro, y sólo deseo mandar una mesnada de treinta lanzas reales.

—Pues bien, decidme la manera de entrar en Zamora, y esto realizado pedid cuanto querais.

—Conozco un postigo, continuó el zamorano, abandonado por completo, mejor dicho, casi olvidado por la guarnicion de Zamora, porque al parecer está sólidamente tapiado, pero en realidad, sólo se halla cubierto por una ligera capa de cal, que se desmoronará con muy poco esfuerzo. Si en vuestro ejército hay algunos hombres astutos que en el silencio de la noche se atrevan á penetrar por allí, la luz del sol naciente iluminará el estandarte de Castilla enarbolado sobre las almenas de Zamora.

—¡Oh! vamos, dijo el rey; quiero ver ese sitio.

Una sonrisa siniestra bañó los labios del soldado.

Don Sancho alzó la cortina de la tienda, y contempló con las miradas del deseo la ciudad enemiga.

Situada sobre una elevada colina, cuyas faldas lame blanda y cariñosamente el Duero, y circundada de fuertes murallas, y altivos torreones, la vieja Zamora se alzaba imponente, como un gigante colosal dormido sobre una roca.

Conviene mucho, exclamó el desconocido, que vayamos los dos solos, porque llevando escolta, podríamos ser descubiertos por los escuchas de la ciudad.

—Vamos, pues, dijo el rey; y dió un paso hácia adelante; pero al hacer este movimiento, sus miradas se encontraron con las del zamorano fijas en aquel, como las de la serpiente que fascina al inofensivo pajarillo.

Un ligero estremecimiento agitó el cuerpo del monarca, quien se detuvo irresoluto.

El desconocido comprendió astutamente el recelo del monarca, y murmuró con voz melosa:

—Mañana por la noche dormireis en Zamora.

El rey, sin embargo, continuó inmóvil.

Una vaga é intuitiva voz le retenia allí. El zamorano frunció el entrecejo y procurando prestar á su voz una inflexion dulce:

—Las apariencias no me abonan, es cierto, continuó, pero si Vuestra Señoría abriga algun temor...

El rey se irguió repentinamente como si le hubiera picado un reptil.

El astuto soldado le habia herido en lo mas íntimo de su corazon; en el amor propio.

—¡Ira de Dios! yo miedo, bellaco? ¿Miedo el rey de Castilla?

Y estendiendo su brazo con altiva arrogancia, indicó que estaba pronto á partir.

Ambos salieron con sigilo del campamento, sin darse á conocer mas que á los centinelas, que al reconocer al rey, dejaron franco el paso.

V.

Continuaron en silencio un largo trecho, don Sancho detrás siempre del zamorano, quien de vez en cuando dirigia sus inquietas miradas al campo sitiador como si temiera que les siguiesen.

Al poco tiempo, distinguian á los centinelas de la plaza, que como mudos fantasmas se paseaban por el terraplen de la muralla envueltos en las sombras.

—Conviene, dijo el soldado, detenernos un momento con objeto de ver si nos observan desde la plaza.

Y dichas estas palabras, se separó algunos pasos detrás del rey.

Este, por un movimiento instintivo, se volvió rápidamente, á tiempo que su infame interlocutor, con la

rapidez de la centella, disparó un venablo que silvando en el aire, penetró certero en el costado del infeliz don Sancho, que lanzando un gemido de muerte, cayó bañado en sangre.

—¡Oh! ¿quién eres tú, que asi me asesinas tan cobarde y villanamente?

—Yo soy el instrumento de que se vale la justicia de Dios, para castigar los crímenes del hijo ingrato, del hermano renegado.

—¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito seas!

De repente, el relincho de un caballo anunció la proximidad de algun ginete.

Efectivamente: Rodrigo de Vivar, el leal entre los leales, sospechando, como ya hemos visto, alguna traicion, acechó la salida de nuestros dos personajes, y les fué siguiendo á alguna distancia. Al oír el grito de don Sancho, comprendió cuanto habia pasado, y quiso lanzarse al galope para esterminar al traidor; pero por una fatal coincidencia, hija, no de un descuido, imposible en el Cid, sino de la hora avanzada de la noche, y propia del descanso, Rodrigo, en el momento de salir del campo, no llevaba espuelas, y por mas que aguijaba su corcel, el traidor se le escapaba, llegaba ya al pie del muro, la puerta de éste se abrió, y la venganza del noble castellano se desvanecia como el humo.

En el momento de entrar el asesino, el Cid llegaba á diez pasos, y haciendo un esfuerzo desesperado, le arrojó la lanza, que, en el momento de cerrarse la puerta, quedó clavada en ella.

Una imprecacion brotó de los labios del Cid, que exclamó ronco de cólera:

—¡Maldito de Dios el caballero que cabalga sin espuela!

VI.

El nombre del asesino, Vellido Dolfos, ha llegado hasta nuestros dias envuelto en la execracion de treinta generaciones.

Se ignora la causa que impulsó al traidor á cometer su espantoso crimen.

Hay quien lanza mancha tan repugnante sobre doña Urraca y don Alfonso, pero la naturaleza rechaza tales suposiciones, sobre todo conocidos los hidalgos sentimientos de estos dos hermanos de la infortunada victima.

A corta distancia de Zamora, y en el mismo sitio donde cayó muerto el rey, se eleva una cruz de piedra, mudo testigo de tan sangriento drama.

Esta cruz es conocida por los naturales con el nombre de La Cruz del rey don Sancho.

RAFAEL VILLA.

AVENTURAS DE UN ABOLICIONISTA DEL KANSAS,

EN EL MISSOURI (ESTADOS-UNIDOS) EN 1855.

(CONTINUACION.)

V.

ANTE EL JURADO.—INCENDIO DE LA PRISION.—TRASLACION Á SAN JOSÉ.—INTREPIDEZ DE MADAMA DOY.

«Mi hija regresó al Kansas con el ex-gobernador Shannon y el procurador general, pero mi mujer permaneció en Platte-City hasta que nos trasladaron á otra cárcel.

«Nuestros abogados hicieron significar al ministerio público que, en dia determinado, se recibirian en Leavenworth las declaraciones de diversos ciudadanos del Kansas, como testigos favorables á nosotros, no pudiendo venir á Platte-City, á causa de la exaltacion del pueblo.

«El ministerio público no atendió á esta observacion. Todos nuestros abogados y nuestros testigos se presentaron, á costa de grandes dispendios, en Leavenworth el dia prefijado, pero la parte contraria no acudió, siendo por consiguiente perdidos el tiempo y el dinero invertidos.

«Nuestros abogados volvieron á Platte-City para prepararse al proceso, que debia principiar el 20 de marzo. A consecuencia de la mala voluntad de los acusadores, ya no tenian testigos; sin embargo, el 19 de marzo, á las once, nos dieron la orden de comparecer en el tribunal.

«La puerta de nuestra célula se abrió para permitirnos atravesarla por primera vez. Yo apenas podia andar, porque tenia los tobillos muy hinchados. Mis ojos se habian habituado de tal suerte á la oscuridad, que yo podia distinguir perfectamente los objetos en mi calabozo; pero asi que se abrió la puerta, el sol brillante, reflejado por la nieve, me deslumbró dejándome momentáneamente ciego.—«¡Dios mio!—esclamé—¡he perdido la vista!» tropecé y me di un gran golpe.

«Mi hijo me levantó y me sostuvo para ayudarme á andar hasta el tribunal, donde debiamos comparecer para recusar el gran jurado. A cada lado del camino habia una hilera de hombres aullando como demonios. Una voz gritó:—«¡Doctor, ahora vamos á ajustar cuentas!»

«... Nos señalaron los asientos que debíamos ocupar, en frente de la multitud. Evitando la luz fui recobrando gradualmente la vista, pero me hallaba en el estado mas miserable, estropeado y cubierto de andrajos, porque mi ropa habia sido despedazada por el populacho de Weston.

«Como el jurado se componia de personas completamente estrañas, nos fue imposible hacer ninguna recusacion. Por lo demás, el ejercicio de este derecho probablemente no hubiera mejorado nuestra situacion, porque los habitantes de Platte-City tenian, en general, una animosidad tan grande contra nosotros que estaban resueltos á ahorcarnos, si podian. Des-

pues de la votacion del jurado, nos volvieron á la cárcel.

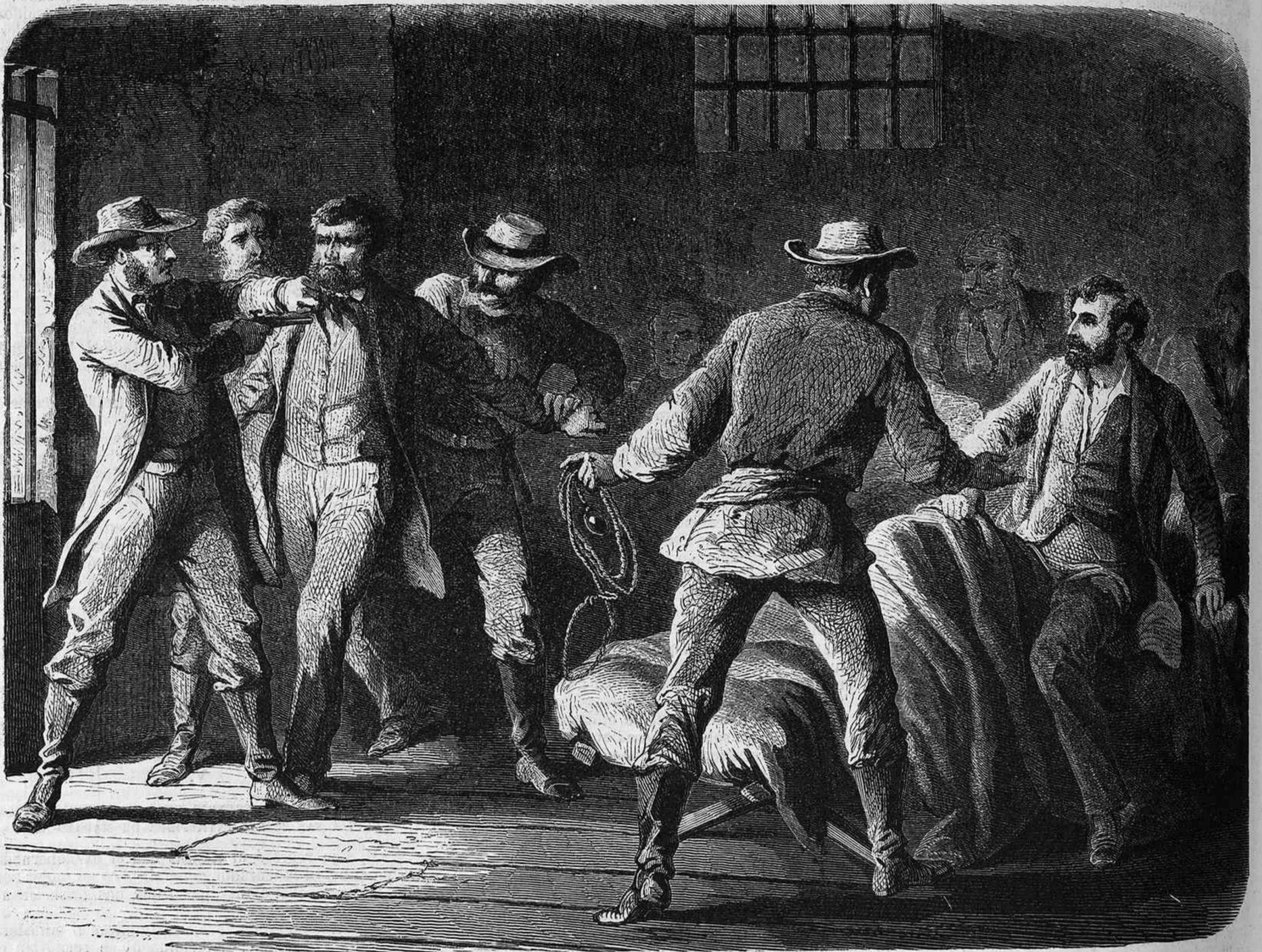
«Consultamos á nuestros defensores, y nos aconsejaron que pidiésemos nuestra traslacion á San José, si no habia inconveniente. Se consiguió que un magistrado fuese al dia siguiente, muy temprano, á la prision, y delante de él redactamos una protesta bajo juramento, en la que declaráramos que, en vista de la efervescencia popular, creíamos que no podríamos ser juzgados equitativamente en Platte-City.

«Pocos instantes despues, nos condujeron de nuevo al tribunal para presenciar la continuacion del procedimiento. El juez Norton, sentado en el sillón, fu-

maba en su pipa. A su derecha estaba el jurado, formado especialmente para esta ocasion... ¡y qué jurado! Quisiera poder describirlo y pintar los ojos que se fijaban en nosotros rebosando odio.

«Abierta la audiencia, nuestro defensor presentó nuestra protesta, hecho que pareció sorprender al tribunal y al jurado. La protesta fue discutida y al fin adoptada por el juez, con grande estrañeza de la multitud, que acogió este resultado con un murmullo de descontento. Los jurados nos lanzaron miradas terribles, y la mayor parte rujian como animales salvajes á quienes se les arrebatara su presa.

«Inmediatamente despues, se dió la órden de vol-



PRISION DE SAN JOSÉ EN EL MISSOURI.—LIBERTAD DEL DOCTOR DOY.

vernos á llevar á la prision, en que entramos, siempre seguidos por la multitud hostil.

«En aquella misma noche, el fuego, que habia ya comenzado algun tiempo antes, se estendió á los tubos de la estufa y en breve á la prision misma. Las llamas habian hecho grandes progresos antes que el pueblo pudiese notarlo y dar la voz de alarma. Las campanas de la ciudad principiaron á tocar. El carcelero se habia llevado las llaves, y todos nosotros estábamos encerrados. Uno de nuestros vigilantes disparó un tiro en la casa de enfrente, para avisar lo que pasaba; poco despues llegó con mi mujer y mi hijo, y abrió la puerta de la calle, lo cual permitió que entrasen agua. Pero aun pasó mucho tiempo antes de que esta pudiese, no sin gran trabajo, dominar el incendio. El piso de la estancia situada encima de la nuestra estaba formado de dos capas de tablas superpuestas, y separadas por un espacio vacío de dos pies y medio. Las llamas habian penetrado en este espacio, quemando la primera capa de madera. Nuestra célula se habia caldeado tanto, que el agua saltaba al contacto del hierro, y caía hirviendo sobre nosotros por los agujeros del techo. Nos era de todo punto imposible evitar esta lluvia peligrosa, y para retirar al menos nuestros pies del agua, tuvimos que subir á la cama. Sin embargo, el carcelero no quiso dejarnos

salir, ni le hicieron fuerza los ruegos de mi mujer, que le reprochaba su inhumanidad. El no respondía mas que: «¡Señora... señora...!» y se negaba á toda concesion. Asi corrimos en aquella noche el peligro de perecer al mismo tiempo asfixiados y quemados.

«El 23 de marzo por la noche, el sheriff, el carcelero y los vigilantes nos dijeron que se habia fijado para la mañana siguiente nuestra traslacion á San José... La sola idea de salir pronto del horrible encierro que ocupábamos, desde el 28 de enero, nos hizo dar gracias á Dios. Nuestra situacion era tan miserable como es posible imaginarse, especialmente respecto de mí, porque el cautiverio me ha producido efectos mucho mas funestos que á mi hijo. Su juventud, su actividad, la viveza de su temperamento preservaron á éste de las amarguras que yo mismo sufría resignado. Pálido por la falta de ejercicio y de luz, semejante á un cadáver, flaco, cubierto de insectos asquerosos, de los cuales no habíamos podido vernos libres, á pesar de mudarnos á menudo la ropa interior desde la llegada de mi mujer, mis articulaciones hinchadas, los tobillos tan doloridos que apenas podian soportar el peso de mi cuerpo, yo tenía una debilidad completa así en lo moral como en lo físico.

«Aun hoy no me hallo del todo repuesto; aun me muevo con trabajo, y la hinchazon no ha disminuido.

Mis huesos se han vuelto, por decirlo así, esponjosos, mi memoria ha estado mucho tiempo alterada, y sólo poco á poco mis facultades intelectuales han ido recobrando su estado normal.

«A las ocho del siguiente dia, muchos ciudadanos, deseosos de vernos cambiar de cadenas, presenciaron los preparativos de la partida. Nos encadenaron juntos, habiendo tenido el general Dorris (1) la fineza de prestar al sheriff sus cadenas mas fuertes para sujetarnos.

«Hecho esto, fuimos conducidos á un coche tirado por cuatro caballos.

«Mi mujer estaba ya junto al carruaje, nos ayudó á subir á él, y en seguida, de un salto entró tambien y se colocó á nuestro lado. El carcelero, que no habia tenido valor para detenerla, le dijo que no podia permanecer allí, á lo cual respondió ella:

—Yo creo que sí, no veo nada que me lo impida, y además me avengo con gusto á todo lo que se avengan mi marido y mi hijo. Por otra parte, cuatro caballos bien pueden conducir á tres viajeros.

—Pero insisto en que no podeis permanecer en el coche, porque está destinado esclusivamente á los presos.

(1) Célebre mercader de esclavos del Missouri.

—Figuraos, pues, hasta llegar a San José, que yo soy uno de vuestros prisioneros.
—El sheriff la ordenó a su vez que bajase del coche; mi mujer se negó. Entonces volviéndose aquel hacia mí, me dijo:
—Doctor, Mad. Doy no puede acompañarnos en el coche, y en verdad sentiremos tener que obligarla a salir de él. ¿No quereis decir que baje?

—Mr. Bryant —respondí— por mi parte, prefiero que mi mujer nos acompañe, y sé por experiencia que cuando ella se empeña en hacer alguna cosa, la hace.

—Durante este tiempo, un gran gentío se había reunido en torno nuestro. El sheriff intimó formalmente a mi mujer la orden de salir, y ella, levantándose, dirigió a la multitud, desde el coche, estas palabras:

—Hombres de Platte-City, el día en que me casé, hace ya veintiseis años, juré vivir unida a mi marido, mientras su vestido conservase siquiera un botón, y hago ánimo de cumplir mi promesa. ¿Creeis, por ventura, que vaya a abandonarle en esta desgracia? Pues si lo creeis, os aseguro que os engañais completamente.

—Los hombres se echaron a reir; Berge, el apóstata de Nueva-York, le gritó que ella era una verdadera piedra de abolicion. Entonces vi que el sheriff consultaba al carcelero, y díge a mi mujer:

—Juana, te dejarán venir con nosotros; convendría que te entendieses con el conductor.

—Siguió mi consejo, y dió a éste 3 dollars. Un instante despues, el sheriff se adelantó un paso y dijo:

—Señora Doy, puesto que, según parece, desconoceis lo que las conveniencias exigen, habrá que dejaros partir, pero esto os costará 40 dollars. (Tal era probablemente la suma que acababan de fijar entre ellos.)

—Mil gracias, caballero—respondió mi mujer—ya he pagado al conductor.»

La multitud se echó a reir otra vez, pero ahora lo hizo a costa del sheriff.

Los prisioneros partieron, acompañados del sheriff, del general Dorris y de una escolta de ocho hombres a caballo, bien armados, porque se temia que los free-soilers del Kansas intentasen algun golpe de mano para libertar al doctor y a su hijo.

(Se continuará).

DOCTOR JOHN DOY.

LA VIRGEN DEL PUERTO.

I.

¡Civilización!... Hé aquí una palabra que me entristece; sin rubor lo confieso;

una fórmula de piqueta y martillo que va echando por tierra las antiguas tradiciones del mundo moral, cuyo fragor ensordece mis oídos, cuya polvareda ciega mis ojos.

Ante esta antorcha, cuya luz se proyecta de Oriente a Occidente, huyen las sombras de lo que ya no será, como huyen las ilusiones de amor ante la cuenta del zapatero.

¡Civilización! Esta palabra me fasti-



LA COPA DE LA HOSPITALIDAD, REGALADA A LOS POETAS PROVENZALES POR SUS AMIGOS DE CATALUÑA.

dia, porque al echar de menos lo que ella se ha llevado, voy cayendo en la cuenta de que la juventud me abandona y me hago viejo.

Es verdad que lo mismo sucedería si existiera aquello cuya ausencia deploro; pero entonces la ilusión bruliría mis ojos con una venda rosada, impidiéndome ver algunas canas que pregonan secretos enfadosos.

Esta propension de caminar con la vista fija en el horizonte, buscando un *mas allá*, que no encontramos jamás, un perfeccionamiento imposible que nos hace despreciar lo que dejamos atrás, es la fiebre, la manía de la época.

Nuestros padres eran el movimiento acompasado y regular de la sangre en su mas completo estado de salud; nosotros somos la calentura intermitente, la luz del relámpago, cuya rapidez queremos esceder.

¿Quién de nuestros hijos se atreverá a usar una levita de su padre? En cambio, yo he llevado muchas

del mio; y muy bien conservadas, que aun servian para chaleco cuando la mano del tiempo empezaba a pesar sobre ellas.

En vista de este resultado, que no me hable nadie de economía política.

Hoy la economía es el despilfarro.

II.

Pero yo tenia que hablar de la civilización para desahogar mi alma, triste como una lamentacion, inquieta como una portera que en cuatro dias no ha podido averiguar la historia de un inquilino.

Yo tenia que hablar de una de las derrotas de lo pasado ante la efervescencia de lo presente.

Estas ideas me asaltan entre el Campo del Moro y la Casa de Campo, al contemplar el extraño panorama que se desarrolla hoy a la vista del espectador en la frondosa alameda de la Virgen del Puerto.

Este sitio en otro tiempo era mas célebre en España que lo es en Paris *Chateaux des Fleurs y Mabilie*.

Hoy está completamente en decadencia; su fama ha sido herida de muerte, y cuando dentro de cincuenta años se lean las memorias de nuestros tiempos, el filósofo buscará en él inútilmente la huella del zapato claveteado de un gallego, evocará los ecos de una gaita, exclamando para sus adentros:

Sic transit gloria mundi.

En otro tiempo, no muy distante, la Virgen del Puerto, en un dia de fiesta, era como una esposicion puramente nacional, donde la especialidad coreográfica de cada provincia tenia muchos representantes.

Allí el ejército fraternizaba con el pueblo, el baile y el vino nivelaban todas las opiniones; y si bien se recordaba allí con harta frecuencia el Puerto de Palos, de donde salieron las tres carabelas de Cristóbal Colon, preciso es confesar que la gente se divertia en toda regla.

—¿Dónde nos veremos mañana? se preguntaban unas a otras las criadas el sábado por la noche, al comprar el vinagre ó la escarola en la tienda de comestibles.

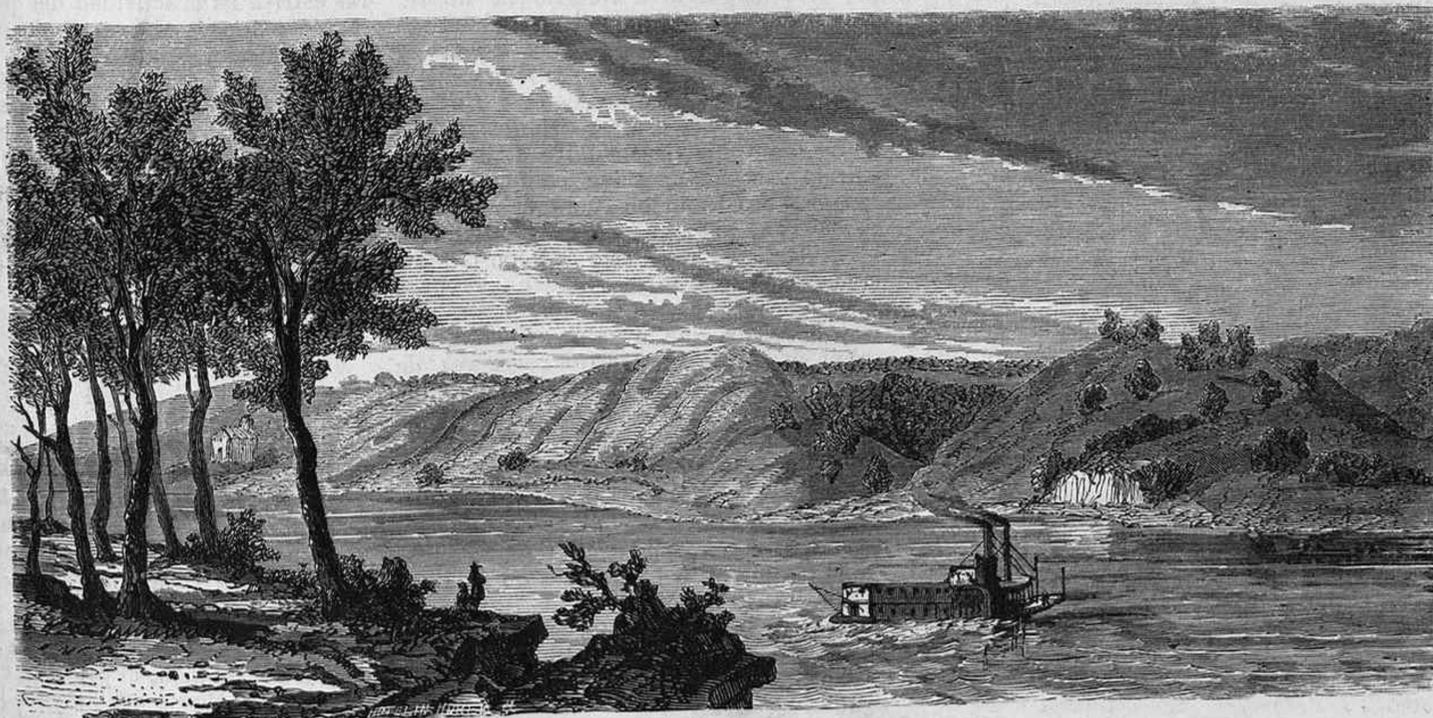
—En la Virgen del Puerto; era la contestacion: Entonces no llevaban miriñaques, ni vestidos de seda, ni cantaban en la cocina aires de zarzuela, ni mucho menos ocupaban la atencion pública en los tribunales, ni tenian cartilla...

Pero en cambio, cada una bailaba las danzas de su pueblo al compás de una gaita, y en compañía de un artillero de quien habia recibido palabra de casamiento a cuenta de una pesetilla para tabaco.

Habia algo de fantástico en aquella confusion de trajes y dialectos; algo de danza macabra y de tarantela.

El sol poniente cernia sus rayos por entre las hojas de los copudos árboles, dando una vigorosa entonacion a aquel cuadro lleno de vida.

Los vendedores gritaban como energúmenos; las guitarras unian su voz al sonido melancólico de la destemplada gaita que preludiaba una *mu*



PAISAJE EN LAS ORILLAS DEL MISSOURI.

neira eterna, fotografiada y esculpida en todos los ecos de la alameda, dominando este enérgico *tutti* el grito prolongado de los gallegos y asturianos, como el pito del contramaestre domina el fragor de una tempestad.

III.

¡Pero estaba escrito!

Y andando el tiempo, aparecieron los bailes de Capellanes, los del Jardín y los del Circo de Paul.

¡Cosa rara!

El espíritu de asociación se presentó en los pies.

Se formaron numerosas sociedades comanditarias para propagar la danza, cuyos libros no estaban registrados en el Tribunal de Comercio.

Y como el precio de los billetes estaba al alcance de todas las fortunas, se dió el mal ejemplo de abandonar la Virgen del Puerto por otros sitios donde se bailan polkas y habaneras.

El primer paso estaba dado; pero esto no era lo peor.

El mal iba echando hondas raíces, y la revolución haciendo su misterioso trabajo de zapa.

Las criadas y los gallegos, dieron en perder aquella encantadora sencillez que antes los distinguía. Hubo algunos conatos de insurrección contra las antiguas tradiciones.

Los innovadores hacían la propaganda al són de bombo y platillos, y ya los concurrentes á la orilla del Manzanares, osaron presentarse con bota de charol á 40 reales, y ellas con velos de ilusión y miriñaques de estera.

La insurrección estalló abiertamente, y una tarde varios conspiradores de ambos sexos, abusaron sin rebozo del compás de la jota para bailar un wals.

La multitud, seducida por las perniciosas doctrinas modernas, lejos de protestar, aplaudió, y el wals abrió la puerta á la polka, que al ver la hospitalidad que se la dispensaba, llevó en pos de sí á la habanera. Ya no hubo remedio.

IV.

¡Una habanera en la Virgen del Puerto!...

¿Comprendéis esto? ¿Puede ir más allá el absurdo?

Poned en una poesía de Byron dos versos de Estrada, ó en una romanza de Bellini, una frase de Perico el ciego, ó sobre la cabeza del Apolo de Bellvedere la cuba de un aguador, y tendréis una idea muy imperfecta aun, de lo que es una alcarreña bailando esas intimidades modernas con un cabo de gastadores en el sitio tradicional de las manchegas y de la gallegada.

Yo he visto esa profanación, y he huido horrorizado y despavorido.

R. S.

LA COPA DE LA HOSPITALIDAD.

Uno de los grabados adjuntos reproduce una preciosa joya, de la cual, daremos noticia en pocas líneas comenzando por explicar su origen.

La hospitalidad dada en Provenza por los poetas de aquel país, al historiador y poeta catalán don Víctor Balaguer, en 1866, inspiró á varios amigos y admiradores de éste la idea de tributar á aquellos un recuerdo y un testimonio de gratitud. Al objeto, abrióse una suscripción en Barcelona y en Sabadell, y con el producto de ella se mandó labrar *La copa de la hospitalidad* que se regaló á los poetas provenzales y que éstos tienen en su mesa cada vez que se reúnen en fraternal convite.

Es una preciosa joya, toda de plata mate y maciza. El vaso, de elegante hechura, está sostenido por una palmera de anchas hojas dobladas. Apoyadas en la palmera, se agrupan dos figuritas representando á Cataluña y Provenza, en pie y en traje talar. Estas dos estatuillas, de bien entendida composición, obra del escultor Fulconis, son de un trabajo notable como modelo, actitud, fisonomía y traje. Al pie de cada una de estas figuras emblemáticas, están grabadas las armas de Cataluña y Provenza, lo propio que las siguientes inscripciones en catalán y en provenzal:

Morta diuhen qu'es

mes jo la crech viva.

Balaguer.—*La dama del rat penat.*

Ah! se me sabien entendre!

Ah! se me volien seguir!

Mistral.—*La Coumtesso.*

En torno del vaso, enroscada á una rama de laurel se despliega una cinta donde está grabada una leyenda que dice: *Recuerdo ofrecido por patricios catalanes á los felibres de Provenza por la hospitalidad dada al poeta catalán Don Víctor Balaguer.*

A. L. C.

CRITICA LITERARIA.

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Mr. Charles Iryarte, cuya firma aparece con frecuencia en obras y periódicos franceses ilustrados, al pie de dibujos que le han conquistado un buen nombre entre los artistas del vecino imperio, donde su lápiz y su pluma han contribuido á dar á conocer el mérito de nuestro inmortal Goya, ha publicado en *Le Monde Illustré*, en su número correspondiente al 15 de julio último, el artículo que traducido, insertamos con gusto á continuación, y en el que juzga á nuestro popular novelista Fernandez y Gonzalez que, según noticias, tiene contratos con *La Patrie*, *Le Moniteur universel*, *Le Monde Illustré*, *La Liberté* y el *Figaro* para escribirles algunas novelas.

El artículo dice así:

Después de Carlos Dickens, el gran novelista inglés, que en este momento obtiene aquí carta de naturaleza, preséntase al público francés el autor español Fernandez y Gonzalez, con *cuatrocientos treinta volúmenes*.

El Alejandro Dumas español, que es como suele llamarse en su país á don Manuel Fernandez y Gonzalez, merece, como hombre y como literato, ser estudiado de cerca por la crítica francesa: su reputación es enorme en España, en las Américas y en todas las regiones donde se habla la lengua española, gozando en ellas una popularidad que, en efecto, sólo puede compararse con la que Alejandro Dumas goza en el mundo entero.

El gran novelista castellano fija en París su residencia, con objeto de estudiar nuestras costumbres, nuestras tendencias, nuestro genio, proponiéndose escribir novelas sobre asuntos franceses.

La escena española no ofrecía bastante campo á esta imaginación curiosa que todo lo ha emprendido con buen éxito. Fernandez y Gonzalez habla un idioma admirable, ha escrito para el teatro obras en verso que se consideran como modelos de estilo; une á un increíble don del movimiento y de la vida una corrección esmerada de la forma, y dotado de una fecundidad prodigiosa, intenta en Francia una segunda carrera literaria.

Fernandez y Gonzalez nació en Sevilla, y se educó en Granada, ciudad donde todo habla de Oriente, y, donde las artes, la poesía y la tradición impresionaron vivamente su imaginación de niño. Después de cursar Derecho en la Universidad, abrazó la carrera de las armas, distinguiéndose en ella como un valiente, y obteniendo sobre el campo de batalla, por sus hechos de guerra, la cruz militar de San Fernando.

Principió á escribir bastante tarde, y en breve se dió á conocer publicando novelas de capa y espada, en donde los caracteres dibujados con vigor, y la intriga sólidamente urdida, mantienen el interés y la curiosidad del lector hasta el fin. A los pocos años de principiar, ocupaba ya á toda España con sus extrañas elucubraciones, llenas de movimiento, y de fantasía, verosímiles, no obstante, y cuyo asunto era siempre ó la historia de su país, ó algun estudio de carácter en el que el genio nacional reconocía sus instintos y su raza.

Fernandez está casi ciego, anda á tientas, y en las tinieblas que le rodean, en la noche que lo envuelve eternamente, hace moverse sus singulares producciones, vive con sus personajes, les habla, les interroga, los evoca, y una vez terminada la creación, le acontece olvidar un asunto que ha interesado á todo su país y siempre está dispuesto á tratarlo de nuevo, pero con otras peripecias. El novelista andaluz es exhuberante, apasionado, elocuente, y su riqueza y abundancia de imaginación son tales que fatiga á sus interlocutores y no siempre permite seguirle. Una palabra suelta, una idea que se espese delante de él, le proporcionan un tema que desenvuelve al punto, y la novela, el drama, el cuento, salen completamente armados de su cerebro fecundo; como él no puede escribir por sí mismo, se vé obligado á dictar; y es un curioso espectáculo, el ver á este antiguo militar, de fisonomía enérgica, de noble ademán, y cuyos grandes ojos, se fijan de una manera terrible, representar él mismo la escena que inventa, agitándose de un lado á otro en su despacho, declamar con voz de trueno y pasar en una hora de un asunto histórico á un estudio moderno enteramente fisiológico y lleno de matices delicados; porque Fernandez y Gonzalez ocupa á la vez á tres amanuenses, y en el momento en que escribimos estas líneas, da á luz en España cuatro nuevas novelas: *Los hambrientos*, *Gabriela*, *La Hija del Carnaval* y *Las posiciones sociales*, mientras que el periódico *Le Pays* publica, también de él, una novela francesa.

Existe mucha analogía entre Gonzalez y Alejandro Dumas. En primer lugar, la increíble fecundidad de cada uno de ellos, y además una condición común á entrambos y que constituye su gloria, á saber: la lengua que hablan, la forma elevada en que se expresan. Uno y otro han escrito para el teatro con el éxito más

lisonjero; Gonzalez tiene una tragedia del Cid que es respecto de él lo que *L' Orestie* respecto del autor de los *Mosqueteros*, un modelo que deben seguir los que estudien la lengua española.

La cabeza de Fernandez y Gonzalez estalla; es preciso conocerle bien para explicarse la ebullición de sus pensamientos; su cerebro hierve y humea; las ideas levantan la válvula y salen, se esparcen, se desborndan, invaden; en una hora, pasa de la Edad Media á los tiempos modernos, del drama lírico á la novela, de la poesía á la prosa, todo lo toca, todo lo remueve, todo le preocupa; combina, arregla, deshace, traspone, corta, rehace, y la creación, sin embargo, se efectúa con regularidad en esta ardiente caldera.

Un día le leíamos una comedia en tres actos, y sus pobres ojos, fijos, sin vida, y sumamente abiertos, parecían espesar la más profunda atención; pero terminada la lectura, nos convencimos de que desde el fin del primer acto, Fernandez y Gonzalez no escuchaba, sino que había seguido la idea principal, había creado un incidente, lo había desarrollado con un plan de *drama* en cuatro actos sobre el momento asunto, que era en su esencia distinto del nuestro. La risa se había convertido en sollozo, la comedia tendía á lo trágico.

Gonzalez es andaluz. En España, esta palabra bastaría para explicar ciertos rasgos de su carácter; pero aquí necesitamos decir más: Fernandez y Gonzalez es exhuberante, estremado, bueno, violento, generoso, gastador, pródigo, indolente, inflamable, entusiasta, ha ganado muchos miles de duros; hoy tiene coche, mañana lo vende; ha convidado á su generación á arruinarle más pronto; ha huido de las antepasadas y ha buscado á los pobres.

Todo Madrid conoce al hombre y sus obras; su popularidad es inmensa, y se empaquetan para las repúblicas del Ecuador fardos con diez mil ejemplares de cada una de sus nuevas novelas.

Otro punto de contacto tiene el autor español con Alejandro Dumas; es moral, buena su esencia, su espíritu recto y generoso; hace amar el bien, y aun cuando pone en escena alguna figura monstruosa, algun Vautrin manchado de crímenes, hay la seguridad de encontrar en sus producciones un personaje ideal, enderezador de entuertos del género humano que, simbolizando la virtud, el derecho y las buenas aspiraciones, purifica la atmósfera que se respira en su obra.

Hace algunos años, una novela de Fernandez y Gonzalez, traducida al francés y publicada por la *Patrie*, *El Cocinero de su Magestad*, alcanzó un éxito que recuerda el de *Nuestra Señora de París*, y el de *Los Misterios de París*. Fernandez es, sin embargo, desconocido en Francia, y vendría traducirle y tener cierta autoridad para presentar ante el público francés, un novelista cuya boga es inmensa de Madrid á Cuba.

El autor español lo improvisa todo; traza una figura en la cual ha pensado mucho tiempo, y después, de aventura en aventura, con lógica y verosimilitud, el argumento va desarrollándose por sí mismo. El asunto llega en ocasiones á tal grado de vehemencia, que se teme que el autor se estravie; pero aquí está cabalmente el mérito del hombre, el cual dirige su plan, conduce á sus personajes y los somete cuando conviene á las condiciones que la verdad artística exige, sin lo cual el drama tendría un desenlace tan violento como desordenado.

Un día dimos á los lectores de *Le Monde Illustré*, una muestra de este escrupuloso talento, y elegimos *Amparo*, un cuento sin intriga alguna, y cuyo interés estriba en la actividad del pensamiento del héroe. *Amparo* no sólo obtuvo un gran éxito, sino que antes de publicarse, ya nos escribían pidiéndonos las pruebas de la obra para conocerla. Antes habíamos traducido *La Dama de noche*, novela en dos volúmenes, que por cierto nos conmovió profundamente mientras nos ocupábamos en este trabajo.

Sin colocar á Fernandez y Gonzalez en un puesto superior á su mérito, diremos que su organización es prodigiosa y digna de estudio, y que, en mi concepto, hay pocas que se le asemejen en las literaturas de los diferentes países de Europa.

ALBUM POETICO.

RECUERDOS.

En la estación de las primeras flores
lanzó tu labio para mí un suspiro,
premio amoroso de mi amor ardiente,
de mi cariño.

Pasó la alegre primavera, y luego,
llegó, mi bien, el caloroso estío,
y amor eterno me juraste, hermosa,
premiando el mío.

Tras el verano con sus ténues auras,
triste el otoño con sus nieblas vino,
y aquel amor que me juró tu labio
fue ya mentido.

¡Ay!... cuando el soplo del helado invierno
siguió al otoño, tus desdenes frios
fueron el pago de mi amante queja,
de mi martirio!

Y yo te adoro, y el recuerdo amargo
de tantas dichas y del bien perdido,
ni un sólo instante al corazón le deja
vivir tranquilo!...

ANTONIO DE SAN MARTIN.

LA NAVE.

(BALADA).

I.

La luna en el mar riela,
y á su extraña claridad
se mira una blanca vela,
cómo vuela,
por el líquido cristal.

Pobre nave
triste y sola,
¡ay! ¡quién sabe
si una ola
en el fondo
la hundirá!...
¿Dónde irá la navecilla?
¿Dónde irá?

II.

Brama el mar y ruje el viento;
lanza el trueno ronco són,
y rasgando el firmamento,
se ve lento,
del relámpago el fulgor.

Navecilla
volandera,
si á la orilla
te volviera
tempestuoso
el aquilon,
quizás no llegaras nunca,
¡quizás no!

III.

Ya tranquila el alba asoma
entre nubes de zafir;
y cual tímida paloma,
rumbo toma
la perdida nave al fin.

Vuela, vuela,
nao querida,
con la vela
siempre henchida,
despreciando
tu existir;
¡que, ay de tí, si vuelve el viento!
¡Ay de tí!

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

investiduras, y fue proclamada la paz entre la Iglesia y el Imperio.

En 1139, tuvo lugar el segundo de Letran, décimo concilio ecuménico, bajo el pontificado de Inocencio II, congregado para poner remedio al cisma de Anacleto.

Vinieron luego el tercero de Letran, en 1179; el cuarto de Letran, duodécimo ecuménico, bajo Inocencio III, convocado en 1213 y reunido en 1215.

Siguen despues los concilios primero y segundo de Lyon bajo Inocencio IV, y de Gregorio X (1245 y 1274). Los de Viena y de Constanza (1311 y 1414), el que se celebró desde 1438 á 1441 en Ferrara y Florencia bajo Eugenio IV. El quinto de Letran, diez y ocho en el orden de los ecuménicos, se verificó bajo Julio II el 18 de julio de 1511. El décimo noveno concilio ecuménico, el mas celebrado de todos, fue el que se celebró en Trento, el cual, convocado en 1545 bajo el pontificado de Pablo III, no se cerró definitivamente hasta 1564 bajo el papa Pablo IV.

Segun resumen oficial estadístico, recientemente publicado, podemos prometernos en un porvenir no muy lejano que el globo entero se halle unido por líneas telegráficas. Desde 1839 existe una que pone en contacto á San Petersburgo, y por consiguiente á Europa, con la Persia. En 1862 se estableció otra línea desde Moscow á Omsk, que en 1864 se ha prolongado hasta Kiatchta. En Pekin existe una agencia telegráfica que trasmite telégramas del Atlántico al Pacífico.

Esta misma línea trata de estenderse ahora por el Estrecho de Behring y por Okhotsk á los Estados- Unidos, y si se realiza el pensamiento, Europa, Asia y América se hallarán unidas telegráficamente. La línea mas larga entre las existentes es la de San Francisco á San Juan de Terranova, cuya distancia es de 900 millas geográficas.

Los tres primeros libros que se imprimieron en el mundo, fueron los siguientes:

En 1450, un *vocabulario latino*, titulado *Catholicon*. Esta obra del saber humano, se imprimió en Maguncia, por Guttemberg, Faust y Schœffer, vecinos de la misma, sobre unas planchas ó tabletas de madera.

Aquellos infatigables ingenios formaron mas adelante letras de madera sueltas y movibles, pasando despues á la invencion de fundir letras de metal.

La obra mas antigua que se conoce impresa por este último método, es un *Salterio latino*, en 4.º, del año 1457: la segunda es el *Racional* de Guillermo Durand, en folio, del año 1459: la tercera fue el *Catholicon* de 1462.

Todas estas obras salieron en Maguncia de la imprenta de Faust y Schœffer.

Los sondeos verificados en estos últimos años para la colocacion de cables submarinos, han proporcionado algunos datos curiosos sobre las diferentes profundidades del mar.

La profundidad del Báltico entre Alemania y Suecia, sólo es de 120 pies ingleses; la del Adriático, entre Venecia y Trieste, 130 pies; la de la Mancha no pasa de 300 pies, al paso que al Sudoeste de Irlanda, descendiendo la sonda á mas de 2,000 pies. La profundidad del Mediterráneo al Este de Gibraltar, es de 3,000 pies; y de 6,000 en la costa de España. Las mayores profundidades se han encontrado en los mares australes, al Oeste del cabo de Hornos y del de Buena-Esperanza, donde acusa la sonda la considerable cifra de 16,000 pies.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

LA ULTIMA ENAMORADA.

(CONTINUACION.)

—Tiene usted razon, me contestó tristemente. El invierno es mi enemigo, el frio estremado embota los sentidos y los hace insensibles á los placeres de la contemplacion... mas... no todos los dias hace frio, y además, el invierno tiene tambien sus encantos como todas las estaciones. ¿No ha visto usted alguna vez una inmensa superficie cubierta de nieve, é iluminada por el sol? Por ventura, ¿no realiza esta perspectiva los mágicos palacios de las hadas ó las islas de las ondinas en el fondo del mar?... ¿No ha admirado usted la lucha del sol con la niebla, viéndome aparecer de entre ella como un atleta vencedor entre el polvo del combate?...

El reloj de la torre del pueblo, que dió once campanadas, interrumpió otra vez á Cármen; era la hora que yo esperaba para marchar. Viendo llegado el instante, sentí una tristeza indecible, y no acertaba á se-

pararme de la amable niña... por fin, hice un esfuerzo.

—Adios, Cármen, dige muy conmovido, acuérdesse usted de que tiene un amigo, un hermano.

—Adios, me respondió solamente; ¡pero habia una tristeza tan profunda en el acento con que pronunció estas palabras! ¡Decía tanto su mirada clavada en mí! ¡Tenia su semblante una espresion tan resignada y tan dulce, que no pude resistir al deseo de estampar un beso fraternal sobre su pálida frente!

—¡Ah! mil gracias, exclamó Cármen. No sabe usted los gratos recuerdos que me han asaltado al sentir sus lábios en mi frente! así me besaba mi padre.

Yo la alargué en silencio un sombrero de paja común, única cosa que me prometió aceptar como un recuerdo: en seguida, me alejé de aquel sitio.

Cuando llegué á alguna distancia, me detuve para mirar por última vez á la infeliz niña, que estaba en pie, vuelta hácia mí: apenas advirtió mi accion, besó en la copa del sombrero que acababa de darla y me saludó con la mano.

—¡Cármen! exclamé entonces, sobreponiéndome á mi emocion, si necesita usted alguna cosa, registre la cinta del sombrero.

Dicho esto, corrí al camino real á esperar á la diligencia, que llegó pocos momentos despues y me condujo á Madrid.

PARTE SEGUNDA.

I.

Estábamos á la puerta de la quinta, á la sombra de una espesa parra. Cármen, sentada en un sillón, me miraba con cariño, y yo no me cansaba de contemplarla. Si en otro tiempo, cubierta de andrajos, hambrienta y curtida por el sol, parecióme bella, ahora, con su elegante vestido azul y su cuello de encage la encontraba bellísima, á pesar de la estremada palidez de su rostro, donde se marcaban las huellas de una terrible enfermedad.

—Cármen, la dije despues que la hube mirado largo tiempo, durante el cual, ella, adivinando mis pensamientos, se sonreía con tristeza. ¡Cuánto me alegro de encontrar á usted otra vez, y sobre todo, en tan diferente estado! Cerca de dos años hace que nos separamos, y al volver al pueblo el pasado otoño, mi primer cuidado fue preguntar por usted y mi mayor sentimiento saber su ausencia. Juzgue usted, pues, de mi alegría y sorpresa, cuando anoche, al llegar, me dijeron que habitaba usted en esta quinta.

—Amigo mio, me contestó Cármen tendiéndome su blanca y pálida mano, que yo estreché entre las mias, tambien yo deseaba ver á usted; tambien me he acordado de usted continuamente; y ahora, si algo atenúa la satisfaccion de volver á verle, es el convencimiento de lo poco que durará.

—¿Qué dice usted? Le interrumpí inquieto al oír estas palabras y el triste acento con que las habia pronunciado.

—La verdad, amigo mio, la verdad solamente. ¿No vé usted en mi semblante las sombras de la muerte? ¿no ha sentido usted en mi mano el ardor de la calentura?... Los que me rodean, se hacen tal vez ilusiones, nacidas de su cariño: mi padre ¡pobre padre mio! Se aferra á una última esperanza que pronto verá desvanecida. Hoy ha marchado al pueblo á esperar al médico que debe llegar de Madrid: ¡ay! no sabe que nadie en la tierra podrá devolverme la vida, que me abandona...

—Pero estoy entristeciendo á usted, repuso Cármen, enjugando las lágrimas que á pesar suyo empañaban sus ojos. Creo que, en vez de aflijirme de antemano, debo satisfacer el deseo que sin duda tendrá usted, y referirle los acontecimientos que han trasformado á la pobre porquera, en la rica, pero no menos desgraciada Cármen. Venga usted conmigo, este sitio no es el mas apropiado y pudieran escucharnos.

Diciendo estas palabras, Cármen se levantó con lentitud: entonces advertí que habia crecido, y que su pecho y hombros habian ensanchado; su talle, empero, permanecía tan esbelto, tan flexible como en otro tiempo.

Yo le dí el brazo para subir la escalera de la quinta, y despues de atravesar por varios aposentos rica y sencillamente adornados, llegamos á una fresca sala que daba á un terrado, desde el cual se dominaba una gran parte de la campiña.

Cármen corrió las persianas de los balcones, pues eran las dos de la tarde y hacia mucho calor. Luego se sentó en una silla, apoyó sus pulidos piés en una banqueta y viéndome sentado junto á ella, comenzó su relato.

II.

«No bien hace dos años se separó usted de mí, dejándome tan triste y solitaria como anteriormente, eché de ver que en la cinta del sombrero de paja que usted me regaló, habia algunas monedas de oro; y aunque mi primer impulso fué no tocar á aquella cantidad, cediendo al necio orgullo que tantas veces

De doscientos cincuenta y un pontificados (desde San Lino á Gregorio XVI) se cuentan ocho papas sin haber reinado un mes, cuarenta que reinaron menos de un año, veinte y dos que reinaron de uno á dos años, cincuenta y cuatro que ocuparon la silla pontificia de dos á cinco años y cincuenta y siete que se sentaron en ella de cinco á diez; cincuenta y uno que fueron papas de diez á quince años; diez y ocho que contaron de quince á veinte años de pontificado, y nueve que pasaron de veinte años.

Pio IX nació en 1792, y tiene por consiguiente, setenta y seis años, llevando veinte y dos de pontificado. El que mas tiempo ha reinado es Pio VI, que fue nombrado papa en 1775 y murió en 29 de agosto de 1799, de modo que ocupó la silla de San Pedro veinte y cuatro años, cinco meses y catorce dias.

El concilio ecuménico que ha de celebrarse será el vigésimo, y el sexto de los que se han reunido en Roma. El primer concilio general celebrado en Roma y noveno entre los ecuménicos, es conocido con el nombre de primero de Letran; fue reunido bajo el pontificado del papa Calisto II, en 1123. En este concilio vino á estinguirse la célebre contienda de las

UN VERANO EN SAN SEBASTIAN... DE ALCOBENDAS.



Entrada en San Sebastian.



Paseo matutino.



Contemplacion del ocaso.

ha sido causa de mis infortunios, reflexioné despues, que el único medio de pagar las bondades de usted, era aprovecharme de aquel donativo ofrecido tan generosa y delicadamente. En consecuencia, pues, compré las cosas de que mas necesidad tenia, cuidando de que fuesen pocas, para no escitar sospechas en el pueblo, y empleé el resto del dinero en proporcionarme mejor alimento y en socorrer á los pobres que encontraba en el campo ó en los caminos; sin embargo, nunca he querido tocar á la última de aquellas monedas y la conservo como un recuerdo de usted.

Cármen, entonces abrió una elegante almohadilla, que al lado suyo sobre un velador estaba, me enseñó

po! Has sido pobre, vas á ser muy rica; has servido, de hoy mas vas á ser señora; y mi hermosa Cármen se verá tan feliz, tan mimada, como cuando niña se sentaba sobre mis rodillas en nuestro risueño jardín. Despues me habló de una gran herencia, que un hermano suyo, á quien yo no conocia, le habia legado desde Puerto-Rico...

Al dia siguiente, nos trasladamos á Madrid.

III.

Ya en Madrid, mi padre me enseñó mi nueva casa, que era espaciosa y elegante, me presentó á sus criados, volvió á informarse de mi enfermedad y en resolucion estuvo tan tierno y cariñoso, que yo bien

una moneda de ochenta reales, envuelta cuidadosamente en un papel y luego prosiguió en estos términos:

«Durante algun tiempo, hice mi acostumbrada vida, siempre con la esperanza de que mi enfermedad me diese por fin el reposo de la muerte, hasta que un acontecimiento vino á trasformar mi destino.

Una noche, al volver del campo, mandó á llamarme el señor cura párroco. Fui á su casa y le hallé en compañía de un caballero, que apenas me vió, se avalanzó hácia mí con los brazos abiertos y me estrechó en ellos.

Era mi padre, que despues de infinitas pesquisas, habia por fin descubierto mi paradero.

Un grito de asombro, de alegría y vergüenza se escapó de mis lábios. ¿Cómo expresararle las diversas emociones que entonces esperiménté y la escena que siguió á este encuentro? Mi padre no se cansaba de mirarme, me prodigaba los nombres mas tiernos, y nuestras lágrimas se confundian. ¡Ah! aquel momento me compensó de muchos infortunios. Pasados los primeros trasportes, mi padre oyó la relacion de mis desdichas, en la que yo no hablé de mis malhadados amores, achacando mi fuga á mi aversion hácia mi madrastra y no pude reprimir un movimiento de alegría al saber que esta habia muerto.

—¡Oh! yo te haré olvidar tus dolores, me dijo mi padre; yo emplearé toda mi solicitud en darte la ventura de que has estado privada tanto tien-



Instalacion en la fonda.



Paseo vespertino.



Estrado de la fonda.

conocia que habia recobrado á mi padre, con toda la idolatría con que en mis primeros años me habia amado. Al dia siguiente, se empeñó en llevarme á los ricos almacenes de modas de la calle de Espoz y Mina y allí me llenó de encages, de telas y de galas.

(Se continuará.)

F. MORENO GODINO.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El leon es el rey de los animales.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.